

ES LA MENTE MAS BRILLANTE  
QUE HE CONOCIDO  
CONFIO TOTALMENTE EN

MI ENTRO  
VA

YA LO  
DICE, DESDE  
QUE LLEGASTE  
A MI CASA

# El misterio del club atómico

## F. G. Hagenbeck



EL BARCO  
DE VAPOR



TAR PRE  
ATACA  
AR MANE  
PARVAR L

PRO; NO  
RANTE PA  
CO

ES HORA DE  
HACER LA  
LLAMADA



sm



# **El misterio del club atómico**

F. G. Hagenbeck



Haghenbeck, Francisco

*El misterio del club atómico* / Texto de Francisco Haghenbeck. - México: Ediciones SM, 2020.  
Primera edición digital - El Barco de Vapor. Roja

ISBN : 978-607-24-4030-2

1. Ciencia ficción 2. Novela infantil

Dewey 863 H34

*Para Alberto Chimal y Raquel Castro,  
que han cultivado la fantasía  
y lo imposible en un mundo que necesita  
más soñadores como ellos*



EN 1957 MATÉ A MI CREADOR, fue la segunda vez que vi a un muerto. La primera lo presencié en los barrios latinos en Boyle Heights, al este de Los Ángeles, California, donde vivo. Se trataba de un pandillero que asaltó una farmacia, la que se encontraba frente a la barda blanca de la de iglesia de La Purísima. Era un joven de aproximadamente dieciocho años, pelo envaselinado, camiseta blanca arremangada y pantalón de mezclilla. Entró al local con su navaja retráctil apuntándola a los que estábamos ahí: mi hermana, Jaimito el Pegajoso, que por ese tiempo era mi mejor amigo a pesar de ser mayor; la señora Dolores y el farmacéutico, el señor Garrett, un excombatiente de la Segunda Guerra Mundial.

Fue él quien sacó del mostrador una vieja pistola Luger; la guardaba como trofeo por su paso como miembro de la infantería en Europa. No dejó que el chico terminara de decir que se trataba de un asalto; alzó el arma hasta su rostro y jaló del gatillo. El asaltante voló un metro por el impacto, sin que sus sucios tenis tocaran las losetas verdes del piso. Al caer, un enorme charco escarlata lo rodeó. El señor Garrett guardó su arma de nuevo en el cajón y, como si no hubiera sucedido nada en su negocio, murmuró molesto:

—Demonio de chamaco, ahora voy a tener que lavar el piso.

Ése fue el primer muerto que vi. Y la razón de lo que soy, a pesar de mi juventud: un vigilante de la justicia. En los periódicos me dicen transgresor, pero prefiero llamarme guardián. Lejos estoy de los metahumanos que vigilan nuestro mundo. Nadie me dice héroe y creo que tengo poco de súper. Trabajo en el lado este de la ciudad, donde la equidad escasea y los latinos nos multiplicamos.

Yo no viví la guerra, no me reclutaron para Corea, ya que era un niño. A Jaimito el Pegajoso sí lo mandaron, pero él regresó hecho cenizas en una caja de zapatos. La guerra es un concepto lejano, una idea distante que sólo los héroes paladean. La Segunda Guerra Mundial mató a muchos, millones, dicen los libros de historia. Para mí, los únicos que cuentan fueron mi abuelo y el hermano de mi madre; ambos se llamaban César, como yo, y se enrolaron en la armada norteamericana pensando que hacían lo correcto. Los regresaron también en ataúdes. Lo único que mi madre ganó de esa aventura patriótica fue convertirse en ciudadana norteamericana. No creo que el gasto valiera la pena.

Soy un simple chico de vecindario; todos ahí me conocen por mi nombre: el famoso César que portaba mi abuelo. Por ello nunca imaginé lo que estoy viviendo ahora, ante una nueva posible guerra, la más grande de todas. Estamos hablando de la destrucción total. Los libros de historia dirán que esta fecha, el 25 de octubre de 1962, fue cuando el mundo se fue al escusado.

Decían que después de la última guerra contra los alemanes no habría que preocuparse, pero se equivocaron. Ahora el presidente Kennedy no la tiene fácil. Los rusos son tipos rudos y Cuba está a nada más doblando Florida. Tan cerca, que la simple chispa de una batalla atómica incineraría el continente completo, incluyendo México, donde nací. Rusos y gringos están jugando una partida de ajedrez para ver quién es más macho. Pero las piezas son misiles atómicos, y si alguno aprieta el botón, ¡boom!, se acaba el mundo.

Vamos en un automóvil color verde. Al principio pensé que se trataba de un Corvette; estaba equivocado. Mi anfitrión no cree en los automóviles gringos. Se trata de un vehículo alemán, un Karmann Ghia convertible: pequeño, a modo de un contenedor de basura, y veloz cual avispon. El enigmático conductor, el hombre que tiene como mote el Comandante, maneja cual desquiciado; no ha dejado de sonreírme debajo de esos lentes oscuros relatando anécdotas graciosas. Es una leyenda viviente: un famoso héroe que ha viajado mucho. Yo, en cambio, no he salido de mi barrio; siento que si no estuviera ahí, las pandillas terminarían matándose unas a otras. O de esa masacre se encargaría la policía de la ciudad; ellos están más que dispuestos a disparar a todo aquel que tenga aspecto de mexicanoamericano.

Por eso, cuando el Comandante me dijo que fuera con él, mi respuesta fue "no". No me considero importante, sólo un chico con algunas habilidades extras y muchas debilidades también. Al final me convenció, como siempre lo hace. Lo llaman solamente el Comandante, no sé si tenga nombre. Ha luchado durante décadas por la justicia. Al menos eso dice.

Sigo intentando disimular mis miedos mientras escuchamos *Green Onions* en la radio del automóvil. No deseo verme como el joven inexperto que soy, no obstante, mi mano se aferra a la puerta con fuerza. Estoy seguro de que el Comandante se dará cuenta de que tiemblo, pero está más entretenido en reírse de sus chistes y en masticar su puro de penetrante olor rancio. No muestra signos de burlarse del nuevo del grupo: yo, el novato.

El Comandante da fumadas a su cigarro, expulsa el humo, que se queda atrás en la carretera. Examino su rostro: es de cabello abundante, con tan sólo algunas líneas grises entre ese mar azabache. Lo usa un poco largo, aunque no es joven; debe de andar raspando los cincuenta. Siempre porta lentes oscuros; desconozco el color de sus ojos. Pienso que no debe sufrir en buscar novia, ya que

seguro hay un desfile de bellezas tras sus huesos. Pero su gracia no está ahí: se dice que es inmortal.

—¿Adónde vamos? —interrogo con la mirada en la carretera desértica que se pierde en un espejismo de charco de agua. No hay nada a nuestro alrededor, sólo montañas.

—Al desierto —responde con el cigarro entre los dientes.

—Estamos en el desierto, Comandante.

—Tú sabes lo que somos, ¿no es así, chico? —me cuestiona, con los lentes oscuros de montura dorada escondiendo sus ojos. Conjeturo que tras esos cristales verdes hay vida y felicidad, pero nunca lo he visto sin ellos: son su careta.

—No.

—Somos el club más exclusivo del mundo, los muchachos especiales: los héroes —gira un segundo la cabeza. Una sonrisa cubre su rostro—. Casi llegamos, chico. Estamos cerca de la base White Sands Proving Ground, donde lanzaron tu cohete v2. ¿Lo recuerdas? —no respondo, claro que lo recuerdo. Me limito a mirar al frente, a esa eterna carretera. Alzo la vista para comprobar que el sol golpea mi cabeza sin piedad—. ¿Sabes qué sucedió? ¿La realidad, César? —insiste en el tema.

—Lo que usted me platicó, señor; por qué soy así —respondo.

No es un tema agradable, prefiero dejarlo guardado en la guantera. Su guiño me revela que va seguir con la charla. Con tono alegre, formula que habría que regresar a tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Alemania nazi se dedicaba a investigar sobre misiles. Eran los Vergeltungswaffe 2; hicieron muchos. Podían montar una tienda y surtir pedidos a varios países. Así que, por supuesto, cuando los aliados ganaron, los cohetes sobrantes fueron confiscados por Estados Unidos. Termina de hablar y me deja con esa información.

Esa parte la recuerdo bien, leí de eso después de mi “evento”.

Esos terribles cohetes v2 eran unos gigantes tamaño extra, de esos que se consiguen en tiendas Big and Tall: 46 pies de alto y 56 mil libras. Ni idea de a cuánto equivale en kilos y metros. Dejé de usar esas medidas hace un par de años, cuando nos mudamos a Los Ángeles. Desde luego, son juguetes rápidos y mortales, utilizados para bombardear Londres.

Colocando las dos manos en el volante, prosigue el Comandante:

—La guerra terminaba —expone— y los doctores nazis buscaron a los soldados estadounidenses para rendirse, poniendo a sus órdenes sus juguetes. Sin chistar, los norteamericanos agarraron todo lo que pudieron, así como a los científicos alemanes para hacer lo que deseaban originalmente: ir al espacio. Al menos, chico, ése era el plan.

—¿Ése era el plan?

—Antes tenían que averiguar cómo se usaban los cohetes. Pero en esa ocasión, cuando te explotó uno, salió todo muy mal.

El Comandante suelta un suspiro, comienza a tamborilear los dedos en el volante, cambia la velocidad y aminora su carrera. Toma su puro, lo espolvorea en el camino y continúa platicando, pero ya no me regala miradas. Sus lentes oscuros sólo reflejan la carretera.

—No quiero arruinarlo, pero ¿adónde vamos? —vuelvo a preguntar.

—Eres desesperado, César. Yo de adolescente era igual, pero si conocieras las cosas que he vivido, entenderías que llegar media hora antes no cambiará tu situación — responde entre la humareda de tabaco.

Odio que me diga adolescente, que todos me traten como un menor. No lo soy. Bueno, faltan años. Pero ya casi no lo soy. Al menos ya puedo sonarme la nariz yo solo.

—Creo que no me entendió; no digo que se apure, sino que quiero saber a qué sitio vamos —aclaro.

—Te lo dije, al club más exclusivo del mundo.

—Nunca me preguntó si deseaba ser parte de ese club — lo confronto.

Siempre parece suponer que deseo algo. Nunca tengo opciones, no las he tenido desde niño. Nacer en Ciudad Juárez limita la perspectiva de uno. Creo que por eso mis padres se mudaron a Los Ángeles, para cambiar las oportunidades, aunque en realidad nunca hubo muchas.

—No se pregunta: eres o no eres. Y tú lo eres.

—¿Por lo que sucedió en Ciudad Juárez?

—Sí, en parte. Sólo fue el comienzo; tú tomaste la decisión correcta y te llevó a ser aceptado.

—Destruí a mi creador.

—Sí, también eso —sabe terminar una plática.

Me quedo en mi asiento como niño bueno, sentado y callado. Así lo hago hasta que encontramos una gran roca en medio del camino. Pensaría que es una trampa, pero al parecer fue nada más un juego de la naturaleza pues estamos en zona sísmica. Es obvio que ese gran pedazo de peñasco de unos tres metros, enterrado en el pavimento, se desprendió de la meseta. Entonces el Comandante detiene cerca su convertible. Baja y camina hasta ella. La toca con su dedo anular, como si tuviera dudas de que fuera real. Se vuelve hacia mí con una sonrisa que le cruza el rostro.

—Es tu turno, chico.

—¿Mi turno?

—Para eso viniste, ¿no? Para ayudar.

Respiro profundo mirando el peñasco. Sospecho que sólo estoy aquí para hacer el trabajo sucio y que terminaré siendo un barrendero o el que lava los baños; la labor que nos dan a los mexicanos. De cualquier modo, desciendo del automóvil. El Comandante se hace a un lado y me deja trabajar.

Abro los brazos y entrecierro los ojos para concentrarme. Tengo que hacerlo con cuidado, no quiero volar al Comandante con un hongo radiactivo. El fuego atómico, ese que circula por mi cuerpo como si fuera una gran máquina de poder, llega a mí. Siento cómo me rodea. Lo concentro

en la palma de mi mano y lo expulso. La roca se pulveriza en una explosión. Queda suficiente espacio para pasar, además de un orificio humeante en el pavimento.

Ése es mi secreto: desbaratar cosas, quemarlas, como hice con mi padre.

El Comandante aplaude alegre y retorna a nuestro transporte. Suspiro embobado por el hueco humeante que he dejado. Sería un buen demoledor: fue una roca de media tonelada.

Al sentarme a su lado, el Comandante me da una palmada y reafirma:

—¿Lo ves?, eres un miembro del club. Un verdadero superhéroe.

Me hace recordar lo que me sucedió hace años; en lo que desembocó todo ese asunto de cohetes nazis: el gobierno norteamericano estaba seguro de que con esa tecnología podían poner un hombre en el espacio. Para hacerlo, se fueron al traspatio, cerca de México. Una noche, un par de cohetes se salieron de curso. Con eso provocaron lo que podría haber sido llamado amablemente un incidente internacional. Siendo un poco menos amables y diciendo la verdad, fue como si Estados Unidos de América bombardeara a un país amigo: México. Ocurrió la noche del 30 de mayo de 1955: el día en que volví a nacer.

El Paso y Ciudad Juárez se sacudieron cuando el cohete v2, disparado desde Nuevo México, se estrelló y explotó en la cima de una loma rocosa a casi cinco kilómetros de Ciudad Juárez. A pesar de sus errores, el gobierno de Estados Unidos tuvo mucha suerte. Nadie resultó herido; al menos no puedo decir que yo hubiera salido exactamente herido. Pero no regresé igual después del impacto del cohete a metros de mí. Con apenas diez años, recuerdo que morí en llamas y mi cuerpo se convirtió en pequeñas moléculas, para luego reconstruirse de nuevo. Fue como me volví lo que soy ahora: un muchacho atómico. Los libros de historia hablaban de ese incidente en Ciudad Juárez

como un dato gracioso a pie de página. Nunca hablaron de mí. El Comandante se encargó de encubrir todo.

—Tú eres parte de una mitología, chico. Te estás convirtiendo en un mito —expone cual narrador de documental mientras conduce su convertible.

—Un mito es una mentira.

—No, estás equivocado. La mitología es una serie de narrativas hechas metáforas.

—Mentiras... —insisto.

—Puede ser, pero sin duda es una metáfora. Necesitamos esas metáforas para entender el mundo, chico... Metáforas como tú —dice el Comandante sacando su puro de entre los dientes para señalarme un lado de la carretera—. Hemos llegado.

Lo miro; no es espectacular, solamente un restaurante para que los camioneros se detengan a comer un plato con mucho tocino y a beber café. La construcción parece un espejismo en medio de este desierto con arbustos espinosos y cactus. Fue construido décadas atrás, se ve en su estilo. Tiene coquetas curvas color pastel y remates de líneas paralelas que copiaron de la nave de Flash Gordon. El comedor posee una ventana alargada que lo rodea en curva; un letrero, tipo capota de Cadillac, sostiene otro letrero de neón. Me hago sombra con la mano derecha y leo el rótulo: "CAFÉ HAVANNA".

A la derecha del restaurante, una techumbre metálica se abre hacia la carretera, protegiendo las bombas de gasolina, todo en el mismo estilo de nave espacial. Quizá fue percibido como futurista décadas atrás, pero hoy está pasado de moda. Al fondo, varios metros hacia el desierto, hay un taller mecánico de madera. Lo único que no posee esa arquitectura de curvas, un agregado feo y sucio. Supongo que, para arreglar su fealdad, cubrieron el taller con una extensa cantidad de anuncios de aceites, gasolinas o partes automotrices oxidadas: marcas que ya no existen.

Cuando el convertible del Comandante se detiene, frente a nosotros cruza una víbora de cascabel. El reptil huye